

13

AMOR Y CINE



20
cts.

ADOLFO MENJOU,
el eterno enamorado



AMOR Y CINE

Colección semanal

Núm. 13

ADOLFO MENJOU, el eterno enamorado

POR

Sergio del Valle



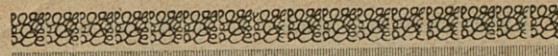
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Unión, 19
BARCELONA

EL CINE Y EL CINE

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14.—Barcelona



PROLOGO

ALGUNOS DATOS SOBRE ADOLFO MENJOU

Hay pocos artistas de la pantalla que hayan hecho una carrera tan rápida como Adolfo Menjou.

Con la película *Una mujer de París* se reveló como un gran actor en el cine.

Hasta la interpretación de esta cinta no había sido más que un artista pulcro, correcto, pero sin personalidad propia.

No se crea, sin embargo, que su trabajo obscuro duró años. Al contrario, su revelación fué cosa de meses.

Es un actor que viste con gran elegancia y se mueve en la escena con absoluta naturalidad y distinción.

Antes de *Una mujer de París* se mostró ya Adolphon Menjou con esta distinción y elegancia que le caracterizan en sus películas *El Caid* y *Sombras de París*.

En esta época Adolphon Menjou alternaba su trabajo en los estudios, ante el objetivo, con el destino que disfrutaba de administrador general de una compañía naviera de Filadelfia.

En los Estados Unidos se le conoce entre los artistas cinematográficos como el «elegante de la pantalla», el «gran amador», el «moderno Brummel» y el «eterno enamorado».

Artista de múltiples facetas, su trabajo jamás se repite.

El asegura que cada película nueva se le antoja una aventura real, algo lleno de suggestivos misterios, y por eso su trabajo es tan sincero y tan humano.

* * *

Un popular cronista de Hollywood dió no hace mucho pintorescos detalles de Adolfo Menjou en una sabrosa crónica.

De esta crónica entresacamos los presentes datos.

Adolfo Menjou, «el perfecto amador», nació en Pittsburg, hijo de padres franceses.

Cuando estudiaba se interesó mucho por

las representaciones teatrales de los estudiantes y hasta intervino en ellas.

Pero su entusiasmo le llevó más lejos. No sólo se limitó a representar papeles con sus compañeros, sino que incluso escribió una comedia, que fué muy aplaudida.

Primeramente estudió en una Academia militar de Cleveland, adonde había sido trasladado su padre, y donde se estableció su familia.

Más tarde se decidió el destino del joven Adolfo, que pasó a estudiar ingeniería en la Universidad de Cornell.

Se especializó en las matemáticas, por las que mostró gran capacidad, y por causas ignoradas tuvo que dejar al poco tiempo sus estudios, empezando desde entonces a ganarse la vida en diversas ocupaciones.

El cronista aludido dice a este respecto: «Tal vez interese a nuestros lectores saber que Adolphe Menjou es en la vida real un hombre muy distinto al que todo el mundo conoce y aplaude a través de sus creaciones en la pantalla.

»Lo único que tiene de semejanza es la pulcritud en el vestir.

»No obstante, no sería malo que el lector supiese que en cierta ocasión este elegante de la escena muda estuvo trabajando como humilde fogonero de un vapor.»

Cuando se decidió a ingresar en el cine,

fué uno de los primeros que actuaron en el célebre estudio de Lasky.

* * *

Pero su flamante carrera artística se vió truncada por un gran acontecimiento histórico: la entrada de los Estados Unidos en la gran guerra.

Adolfo Menjou, buen patriota y entusiasta decidido de la causa de los aliados, se alistó como voluntario en la primera expedición norteamericana a Europa.

Su actuación en el cine quedó, así, rota por algún tiempo.

Cuando regresó a su patria, al concluir la guerra europea, Menjou volvió convertido en un arrogante capitán, «afirmando—según uno de sus biógrafos—que la carrera artística era más eventual que la misma guerra».

Con tales ideas, claro está que no podía esperar nunca el triunfo definitivo de su personalidad en los escenarios.

Entonces fué cuando buscó y obtuvo un empleo en la compañía de vapores de Filadelfia.

Pero pasado algún tiempo, acaso un poco por necesidad, pero también un poco por inclinación natural y afición irresistible, Adolfo Menjou se plantaba frente a la puer-

ta de un estudio californiano, tratando de reanudar su carrera cinematográfica.

«Aunque con vocación artística—dice el cronista antes mencionado—, la carrera de Adolfo Menjou se debe más a la necesidad imperiosa de conseguir trabajo que a sus sueños de gloria en la pantalla.»

Estaba desocupado y necesitaba trabajo: mejor dicho, necesitaba dinero para vivir.

¿Cómo conseguirlo?

—Un comparsa también gana dinero—aseguran que dijo Menjou en aquella ocasión memorable.

Y fué en busca de un sueldo de comparsa.

He aquí sus comienzos.

Desde entonces ha transcurrido mucho tiempo y tal vez Menjou se ha olvidado ya de ello.

De lo único que no se debe olvidar, seguramente, es de los resultados.

Charlot influyó de una manera decisiva en la vida artística de Adolfo Menjou, encargándose los primeros papeles importantes:

Y ahora el «perfecto amador», el «eterno enamorado», es el actor favorito de las damas en el mundo entero...



PRIMERA PARTE

I

UNA AVENTURA DE JUVENTUD

Adolfo Menjou es, en la pantalla, el «eterno enamorado».

Este sentimiento no se puede fingir, si en el espíritu del artista no ha dejado honda huella alguna aventura pasional...

Este es el caso de Menjou. Veamos ahora cuál fué esta aventura de amor que en sus años mozos le arrancó el alma para toda la vida.

* * *



Adolfo Menjou en una de sus más características creaciones que le han valido el título de «eterno enamorado»

Vivía Adolfo, en compañía de sus padres, en una vieja y señorial quinta de las afueras de Cleveland, en el Estado de Ohio.

Era hijo único. El padre, ingeniero de renombre, viajaba constantemente, por lo que el pequeño Adolfo se crió al cuidado casi exclusivo de la madre.

Esta le enseñó a leer y le inspiró los más sanos principios morales.

La madre de Adolfo era una mujer de inteligencia despierta y apasionado corazón.

En el pueblo todo el mundo la quería, especialmente los pobres.

Vivía la familia Menjou en un lugar apartado, triste y polvoriento.

Su quinta estaba junto a una llanura seca, requemada por el sol en los días cálidos del verano, y azotada por las nieves durante el invierno.

Sin embargo, la casa estaba rodeada de arboledas propias, en su mayor parte compuestas por frondosos sauces y eucaliptus gigantescos, de troncos nudosos e inmensos.

La casa de los Menjou estaba rodeada de cuatro o cinco granjas pobres, habitadas por humildes agricultores.

Entre estas miserias viviendas y sus diminutos huertos, la quinta se levantaba con gesto señorial, como si fuese un castillo.

Adolfo se crió entre los árboles.

La madre leía, mientras él iba jugando entre los troncos vetustos y bajo el cielo azul.

A los doce años, la madre empezó a darle para leer libros de viajes, de aventuras y de fantasías, que encendieron para siempre su imaginación.

Pronto la crisis de la pubertad le hizo un muchacho triste, sombrío y reconcen-trado.

Durante meses enteros anduvo como un autómata entre los árboles, abrazándose a sus troncos, como si le pudiesen comprender.

La madre le miraba ir y venir, silencioso y triste.

Comprendía la pobre mujer que su hijo estaba demasiado solo en aquel rincón de mundo.

Y para distraerle le contaba largas historias de guerras y bandidos, que el pequeño Adolfo escuchaba con avidez.

Su imaginación apasionada, exaltada por las lecturas, se iba formando más y más soñadora con estas historias.

A veces iba al río cercano, un riachuelo de aguas lentas y poco profundas, y allí se bañaba a la sombra de los pequeños montes y recordaba las historias que había escuchado de labios de su madre.

Fué creciendo en este medio de soledad

absoluta, porque su madre nunca quiso que se mezclara con las gentes de los contornos, aunque ella siempre tuvo para los humildes labriegos actos de generosidad.

Cuanto más iba creciendo, más se aburría Adolfo.

A los catorce o quince años, empezó a recorrer los montes vecinos a caballo, esperando el momento que su padre dispusiese su entrada en la Universidad.

El galopar incesante le entretenía bastante. No se detenía ante las granjas ni ante las huertas, y sólo cuando se hallaba a solas dejaba la cabalgadura y se tendía boca arriba, soñando despierto.

II

SE ESBOZA LA AVENTURA

Un día, el caballo se asustó y arrojó violentamente a su jinete por las orejas, en mitad del camino polvoriento, frente a una granja.

Adolfo, medio atontado por el golpe, succio de polvo, se incorporó con dificultad, y vió a una jovencita y a una vieja, campesinas, que corrían a su encuentro.

—¿Se ha hecho daño?—le preguntó la vieja en tono cariñoso.

Adolfo se puso en pie. Estaba avergonzado por la caída.

La joven le miraba con una expresión burlona reflejada en sus grandes ojos azules.

—¡Qué testarazo!—comentó sonriendo.

¡Se estaba burlando de él! Adolfo se puso furioso. Sintióse humillado por la mirada pícara de aquellos ojos azules.

—¡Condenada chiquilla! En aquel momento la odió con toda su alma.

—¿Quiere tomar algo?—ofreció la vieja, solícita.

Y le propuso entrar en la granja a reposarse.

—Gracias—respondió Adolfo secamente—. Puedo llegar hasta casa.

Y se alejó lentamente, con una gran dignidad.

Le dolía todo el cuerpo. Pero sabía que la vieja, y sobre todo la joven, le estaban mirando desde la puerta de la granja y no era cosa de ir cojeando.

Su madre le vió llegar de aquel talante y fué a su encuentro.

—¿Te has hecho daño, hijo mío?

El muchacho no contestó. Seguía pensando en la sonrisa burlona de la chiquilla de la granja.

III

BILLIE

Pasados algunos meses, en la quinta de los Menjou se supo que en una granja cercana había muerto una anciana muy conocida en aquellos contornos.

Los padres de Adolfo comentaron aquella desgracia.

—¡Pobre vieja Leslie! —dijo la madre, que en diversas ocasiones la había socorrido.

El padre preguntó:

—¿Y qué será de Billie?

Adolfo sintió curiosidad ante los detalles de aquella desgracia de familia.

—¿Quién es Billie? —preguntó.

—La nieta —dijo su madre—. Una joven huérfana de padres, que no tenía en el mundo otro cariño más que su abuelita... Y ahora...

De pronto, la buena señora dió un fuerte

15

suspiro. Y, dirigiéndose a su marido, replicó:

—¿Si la trajésemos aquí? Podríamos ocuparla en pequeños menesteres caseros, y tendrá un techo honrado bajo el cual cobijarse...

El marido, que admiraba el gran corazón caritativo de su mujer, accedió complacido.

A los dos días, Billie hacía su entrada en la quinta.

Adolfo la vió entrar, pasando por entre los árboles con su trajecito de campesina y su cabello rubio revuelto, y acordándose de su caída del caballo se puso colorado.

Billie era la joven de la granja, que le había mirado con ojos burlones aquel día aciago.

IV

EL ADIÓS

Adolfo fué enviado por su padre a Cornell, en cuya Universidad debía cursar la carrea de ingeniero.

Estuvo tres años fuera de la quinta. Cuan-

do regresó, a pasar unas vacaciones al lado de su madre, volvió hecho un hombre. Desenvuelto e inteligente, no parecía el muchachito tímido y reconcentrado de tres años atrás.

Encontró a su madre muy envejecida y enfermiza. La casa se hallaba en manos de Billie, convertida en una linda mujer, «aunque algo pueblerina», se dijo Adolfo, pensando en las jóvenes que había conocido en la ciudad.

Los añosos árboles le decían las mismas cosas que antaño, y bajo sus ramajes volvió a soñar bellas fantasías.

Nada había cambiado en la casa desde su infancia.

Pasado un mes, tuvo que emprender el retorno hacia la ciudad.

Los cursos iban a empezar de nuevo, y Adolfo no podía abandonar sus estudios, ahora que iba a entrar en los superiores.

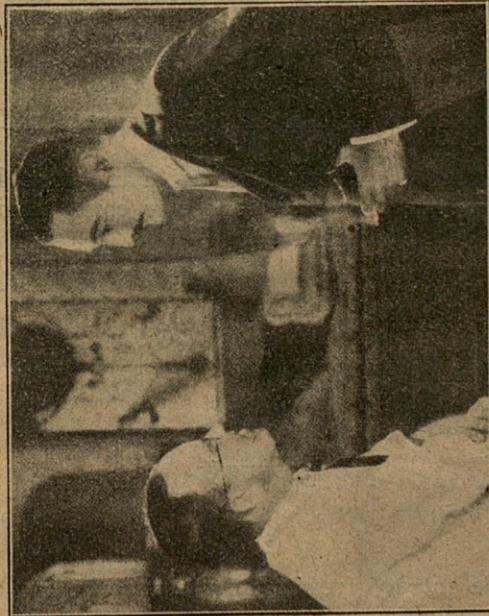
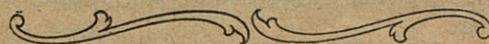
Al joven se le antojó que los queridos árboles solariegos lloraban ante su partida.

Se iba ahora por mucho tiempo, quizá no volviese a ver todas aquellas cosas queridas...

Pero no fueron sólo los árboles los que lloraron ante la partida del joven.

Adolfo besó las canas adoradas de su madre, inconsolable.

Luego puso los labios, un poco trémulos,



Adolfo Menjou tiene ese gesto melancólico y bello de los hombres que comprenden el amor...

en las mejillas ruborosas de Billie, que temblaba.

—Adiós, Billie—dijo Adolfo, levemente conmovido.

—Adiós—contestó ella, con la voz velada por las lágrimas.

Y partió.

Al abandonar la quinta, quiso abrazar como antes, cuando niño, a uno de aquellos árboles.

Creyó escuchar un acento lejano, muy lejano, que, como su madre y como Billie, también se despedía de él...

—¡Adiós!...

V

EL SUEÑO

Se entregó frenéticamente al torbellino de la ciudad.

Con sus compañeros imaginó todas las diversiones para sacarse del alma aquella melancolía, aquella tristeza constantes.

¿Consiguió su objeto?

Al contrario. En vez de aturdirse con las

locuras de la juventud pareció entristercerse más y más.

Una noche, al encerrarse en su alcoba de estudiante, se sintió vagamente enfermo.

Era otoño, uno de esos otoños fríos, desolados.

Llovía desesperadamente desde hacía una semana.

Adolfo se despertó sobresaltado. Fuera, se oía el monótono teclear de la lluvia.

El joven creyó encontrarse en la quinta de sus padres, oyendo el sollozo de los árboles legendarios.

En su extraño delirio vió claramente a su madre.

Pero la anciana no estaba sola. Detrás de ella, Adolfo distinguió claramente una silueta familiar.

Por más que lo estuvo pensando, no pudo adivinar de quien era aquella sombra.

—Tal vez la muerte ha pasado cerca de mí—dijo al despertarse, con un estremecimiento.

Y al recordar claramente su sueño, pensó :

—¿Quién estaría con mi madre?

* * *

Aquel día recibió una carta de Billie, diciéndole que su madre estaba gravemente enferma.

La voz era como un leve quejido. Adolfo creyó leer un mensaje misterioso en aquellos grandes ojos agonizantes.

Billie se apoderó penosamente de una de las manos del joven, y la besó con sus labios temblorosos y exangües.

Adolfo sintió que un frío glacial le recorría la medula.

Billie volvió la mirada opaca hacia la anciana madre.

—¡ Mamá !

Adolfo se inclinó, fervoroso y estremecido, ante la que iba a morir.

Comprendía plenamente el mudo mensaje, la silenciosa súplica.

La agonizante, que tanto le amó en vida, trataba ahora de acercar su alma al alma indiferente de Adolfo.

Este, con la voz rota por un caudaloso llanto que pugnaba por salir, dijo apasionadamente :

—¡ Te amo, Billie, te amo !

Y besó una y cien veces aquella boca que casi ya no alentaba.

Billie, repentinamente transfigurada, trató de sonreir y aun pudo articular trabajosamente el nombre querido, por postrera vez :

—A...dol...fo...

Y dulcemente, como había vivido, expiró.

VI

LA SOMBRA LEJANA

Regresó precipitadamente a la quinta.

Todo seguía igual. Los árboles se estremecían como si murmurasen una extraña plegaria.

Su madre estaba algo mejor. Pero los achaques de la vejez seguían teniéndola postizada en cama.

Adolfo se halló solo, espantosamente solo. Paseó entristecido bajo los viejos eucaliptos y los melancólicos sauces.

De pronto se sintió llamado :

—¡ Adolfo !

Le dominó un extraño temblor. Creyó conocer esta voz, pero al mismo tiempo se le antojó lejana y misteriosa.

—¡ Adolfo !

Billie, ruborosa, con los ojos enrojecidos por un llanto reciente, estaba junto a él.

Adolfo le dió la mano y un beso en la frente.

Ella se estremeció.

—¡Pobre Adolfo! —¡Pobrecito! —¡Oh, Adolfo...!

En aquel momento, el joven recordó su sueño pasado. La silueta que estaba detrás de su madre era Billie...

Adolfo la miró enternecido. Y vino a su memoria un rostro infantil y lejano, sonriendo junto al camino, entre el polvo, con burlona expresión...

Los ojos de ella, encendidos por las lágrimas, reflejaban una honda ternura. Adolfo advirtió que era hermosa y dulce...

VII

RUDH

Al cabo de un mes la madre había entrado en franca convalecencia.

Adolfo, una vez vió a su madre completamente sana, regresó a Cornell, donde tenía que examinarse.

En el tren, camino de la ciudad, sumióse en profundas cavilaciones.

Cuando salió por primera vez de la quinta de sus padres, cuatro años antes, tenía una idea equivocada del mundo. Ahora lo comprendía claramente.

Pero, ¿por qué su buena madre, allá en los lejanos días de su niñez, no le mostró la vida tal cual era?

Ahora iba a hundirse de nuevo en el torbellino de la ciudad, entre gentes egoístas, sórdidas, indiferentes.

Todos, hombres y mujeres, estaban poseídos del mismo frenesí. O vicio o dinero. He aquí el móvil de todos sus actos...

Una voz femenina sacó a Adolfo de su ensimismamiento.

Era Rudh Morris, la hija del famoso millonario, a quien había conocido tiempo atrás en una fiesta estudiantil.

—Parece que ha dejado usted una novia en el pueblo—le dijo ella, sentándose a su lado—. ¿Qué le pasa, amigo Adolfo, que está tan triste?

Adolfo sonrió con un cansancio infinito.

—¿Novia? Nada de eso, Rudh... Pensaba en otras cosas que he dejado allá...

Rudh insistió:

—Ilusiones... Amor... ¿A que no me equivoco?

Adolfo calló. Así estuvieron largo rato. El se fijó en su amiga, acaso por primera vez.

¡Qué divina era! ¡Qué hermosa picardía en su rostro de muchacha moderna y exquisita!

Como un relámpago, cruzó por su cerebro una idea. Adolfo se acercó a la joven y le dijo quedamente:

—Rudh...

El traqueteo del tren apagó las palabras de aquel diálogo apasionado.



SEGUNDA PARTE

I

EL ASEDIO

El bosque de Withe era el sitio ideal para los jugadores de «tennis».

Los grandes árboles extendían una sombra agradabilísima sobre la pista.

El aire estaba en calma. El perfume de la resina embalsamaba la atmósfera, diáfana y radiante.

A lo lejos, las olas murmuraban su eterna letanía al chocar contra las rocas de la costa inmediata.

—¿Juego?

—¡Preparado!



La voz de los jugadores era clara en aquella inmensidad. Se oían los tantos que aquéllos iban anunciando, como si fuesen gritos de guerra.

—¡ Diez a veinte! ¡ Veinte a... !



Menjou en la vida como en los films es un perfecto gentleman...

Entre las muchachas vestidas de blanco llamaba la atención Rudh Morris, no sólo porque jugaba bien—era candidata al campeonato nacional de los Estados Unidos—, sino porque tenía un tipo elegantísimo y su belleza resultaba realmente soberbia.

Debía tener veinte años. Era alta, distinguida, esbelta.

Todos los jóvenes se disputaban en la pista el placer de tenerla por compañera de juego.

Ella, sabía en su coquetería, no mostraba preferencia por nadie.

Unos y otros conservaban, por tanto, la esperanza de conquistarla. Muchos, acaso más por los millones de su padre—era hija única—que por su propia belleza.

El joven estudiante Adolfo Menjou era de los que más la asediaban.

III

II

ADOLFO, ENAMORADO

Desde su encuentro en el tren con Rudh, Adolfo había cambiado. Era otro hombre.

De triste, sombrío y melancólico que fué siempre, ahora se había vuelto optimista, jovial.

Parécía que se hubiese quitado años de encima.

Y es que estaba locamente enamorado de Rudh Morris.

Hasta aquel momento él no supo qué era amor.

Su temperamento ardiente, su imaginación apasionada, fruto de las lecturas de su niñez, le decían claramente que en la vida había algo capaz de justificarla, de sublimizarla, de divinizarla.

Y ahora comprendía que este algo era el amor.

III

RUDH Y ADOLFO

En el campo de «tennis» todo el mundo comentaba la noticia. Hacia Adolfo se inclinaban todas las preferencias de Rudh Morris.

No importaban las sonrisas irónicas de los jóvenes millonarios, pretendientes desairados. Rudh era sincera consigo misma.

No la guiaba el más leve cálculo. Ella había elegido al hombre que la agradaba, sa-

biendo de antemano que era un modesto estudiante que no tenía ni una bella situación social ni una gran fortuna.

Ella le concedió su simpatía al joven Adolfo porque hablaba más seriamente que los otros, porque tenía una experiencia mayor de la vida, porque era menos fatuo y más modesto.

Sin traspasar los límites de las más exigentes conveniencias sociales, llegó un momento en que la intimidad de los dos jóvenes alcanzó el límite que señala un noviazgo formal.

Adolfo era quien tenía el privilegio de ir a buscar a Rudh para llevarla al campo de «tennis».

El era quien llevaba su raqueta y quien la recogía cuando la partida había terminado.

El era quien presentaba el azucarero a Rudh cuando tomaba el te y le ataba el cordón de su zapato blanco cuando en el frenesí del juego se deshacía le lazo.

Adolfo, cada día más enamorado de Rudh, esperaba el momento propicio para pedir su mano.

La joven invitó a comer a su pretendiente y aprovechó la ocasión para presentarle a su padre.

La comida transcurrió de la manera más agradable. El señor Morris se mostró muy satisfecho del joven Adolfo, quien, por su

parte, quedó encantado de la acogida que le había dispensado el millonario.

IV

UN TELEGRAMA

Los sucesos, a partir de aquel momento, se precipitaron.

A los tres días, Rudh, complacida, oyó la petición formal de su mano por Adolfo.

Pero la noche misma de la petición de mano, el joven recibió un telegrama urgente de su madre.

«Ven en seguida», le decía escuetamente.

Ante el telegrama, Adolfo sintió que algo muy hondo se deshacía en un torrente de lágrimas.

Tomó el primer tren.

Al llegar a la quinta, fué recibido por los viejos árboles familiares con la misma canción triste y misteriosa de siempre.

Las granjas y los huertos se le antojaron más pobres, más miserables que antes, y los campos más secos, más yermos que nunca.

Al caer en brazos de su madre, que tenía los ojos desbordantes de lágrimas, Adolfo sintió que le faltaban las fuerzas.

—¿Qué ocurre? — preguntó anhelante, sospechando quien sabe qué horribles desgracias.

—Billie...

—¿Qué?

La madre no tuvo ánimos para seguir, vencida por largos sollozos entrecortados.

Por fin, entre las lágrimas que le anudaban la garganta, pudo balbucir con voz tenue:

—Se... nos... muere...

V

BILLIE, OTRA VEZ

¡Era verdad! La pobre Billie se extinguía como la llama de un cirio al viento.

La noble madre de Adolfo sollozaba estrechando contra su regazo la cabeza maravilosa—y tan linda aún!—de la huérfana.

—¡Adolfo!

VI

EL PERFUME DEL RECUERDO

Adolfo, sin terminar los estudios, sin querer ver a Rudh, se marchó a Nueva York.

Una honda pena le abrumaba. No se sentía con fuerzas para seguir viviendo.

El entrañable amor incomprendido de la pequeña Billie se había clavado en su corazón como un remordimiento.

Sólo con el tiempo fué cicatrizándose la profunda herida.

Pero el recuerdo querido de la pobre Billie le acompañó siempre, y aun le seguirá acompañando mientras viva.

FIN

Próximo número: **Richard Dix**
ama un imposible

LEA USTED

LA NOVELA OBRERA

Cada semana aparecerá un volumen, publicando íntegra una interesantísima novela, rigurosamente inédita y debida a la pluma de hombres que, desde la tribuna, la prensa o la novela, han defendido y defienden la causa del proletariado español.

Precio: 20 céntimos

De venta en todos los quioscos de España y puestos de periódicos de estaciones de ferrocarril.

ADMINISTRACIÓN

Calle de la Unión, núm. 19. — BARCELONA

Imp. Garrofé. — Villarroel, 12 y 14. — Barcelona